

perfilando, los considerábamos como aliados que queríamos atraer á nuestro partido. Su educación sufría, naturalmente, á consecuencia de esta situación anormal, mas ¿qué hacer? Con nuestras eternas disputas no podíamos ocuparnos de aquellas pobres criaturas. El niño era aliado mío; en cuanto á la niña, la mayor, que era la aliada de mi esposa, á la que se parecía mucho, había momentos en que yo la tenía ojeriza.

XVII

Habitábamos al principio en el campo y luego en la capital, y á no ser por la catástrofe que más tarde nos hirió, habría llegado de ese modo á la vejez y al lecho de muerte figurándome haber llevado una vida feliz, es decir, no más desgraciada que la de la mayoría de mis semejantes. De

ese modo no habría tenido la intuición de la vil mentira que me rodeaba, ni habría comprendido que todo aquello no era lo mejor ni lo más bueno siquiera. Lo que sí hubiera sentido con más fuerza, hubiese sido que yo, que debí ser el amo, no fuí más que el esclavo de mi mujer, porque había sido ella y no yo quien llevó siempre, como vulgarmente se dice, los pantalones, por más esfuerzos que hice para quitárselos. Mis hijos fueron la causa de que yo perdiese la autoridad y, á pesar de mi deseo, fuéme imposible libertarme y recobrarla. Contaba mi mujer con los hijos, y por consiguiente con la dominación. No comprendía entonces sino que estaba en su derecho, un derecho basado en que, en la época de nuestro casamiento, se hallaba moralmente á cien codos de altura sobre mí, del mismo modo que toda recién

casada es tanto más superior á su marido cuanto más pura es. Y fijáos bien en esto, en que las mujeres, sobre todo en la clase social (1) á que pertenecemos, son, en general, seres pervertidos que carecen de fuerza moral, egoístas, parlanchinas, testarudas; mientras que las jóvenes de edad de veinte años ó poco menos, se sienten impulsadas, y de ello vemos ejemplos todos los días, á llevar á

(1) Para la buena inteligencia de estas palabras y de las alusiones repetidas que el autor hace á las divisiones sociales, conviene tener muy presente que el personaje que figura como protagonista pertenece á la nobleza, y que en Rusia todas las clases están muy deslindadas, y que un mujik ó aldeano no tiene los mismos derechos ni costumbres que un señor ó noble, existiendo entre todas las clases grandes diferencias. Y lo más notable del caso es que, al contrario de lo que pasa en las demás naciones, en Rusia, el pueblo en general, es eminentemente retrógrado y tradicionalista, mientras que todos los impulsos reformadores y de adelanto parten de las clases más elevadas, y á esto se debe el que en casi todas las conspiraciones nihilistas y en varias otras anteriores los complicados en ellas pertenecen, en su inmensa mayoría, á esas mismas clases.

cabo acciones nobles é idealmente hermosas. ¿Cuál es la causa de esta diferencia? Es indudable que los hombres han caído tan bajo que las hacen descender á su propio nivel.

Niños y niñas nacen con las mismas condiciones morales, pero el valor moral de las niñas es mucho más superior. Acte todo, no se hallan expuestas en las mismas tentaciones y malas compañías de los hombres; no tienen á su alcance el tabaco, el vino, el colegio, el círculo ó la oficina, y en segundo lugar, y esto es una cosa primordial, son corporalmente puras. Siendo jóvenes, son superiores á nosotros. En nuestra clase, en la que el hombre no tiene que trabajar materialmente para ganarse el sustento, son también superiores, como mujeres, por la importancia de su misión maternal.

La mujer, cuando da á luz y ama-

*class
social*

manta á sus hijos, comprende perfectamente que su misión tiene mucha más importancia que la del hombre que se ocupa en los comicios agrícolas, en el tribunal ó en el senado. Sabe, además, que su preocupación constante es el dinero y que, en resumen, las ocupaciones de los hombres no responden á una necesidad fatal, como es el tener que dar el pecho á los hijos. Por esto precisamente es por lo que la mujer está por encima del hombre y le gobierna; pero el hombre de nuestra clase no quiere darse cuenta de esta verdad, al contrario, la contempla con desdén desde lo alto de su grandeza, y no tiene más que desprecio para sus ocupaciones. Esa era la razón de que mi mujer mirase con menosprecio mis trabajos en el Zemstvo ó consejo general; porque había dado á luz muchos hijos y los amamantaba. Por mi par-

te, imbuido en las doctrinas que profesan los hombres, me decía que todos los trabajos femeninos, mantillas, pañales, biberones, como solía decir bromeando, no tenían importancia alguna, y sonriéndome, á la vez que me encogía de hombros, exclamaba: «¡Bah, cuestión de mujeres!»

Este mutuo menosprecio nos dividía aún más y más; pero nuestras relaciones se agriaron más todavía; las divergencias de opinión no eran la causa del rencor, sino sus consecuencias. Cualquier cosa que yo dijese, ya sabía yo que *a priori* había ella de contradecirla y recíprocamente. A los cuatro años de habernos casado, nuestras relaciones intelectuales, y esto era cosa indiscutible, habíanse hecho, tanto para el presente como para el porvenir, imposibles, pero en absoluto. Cada uno se aferraba con tenacidad á su opinión, fuese cual

quisiese el objeto de ella, y sobre todo tratándose de la cuestión de los hijos, sin intentar convencernos. Con personas extrañas, nuestras conversaciones versaban acerca de las cosas más variadas, y hasta íntimas; entre nosotros, nunca. Cuando á veces oía yo lo que decía ella á otras personas en mi presencia, no podía por menos de pensar: «¡Cuántas mentiras dice esa mujer!» y me sorprendía de que no advirtiesen que mentía. Cuando nos hallábamos á solas, nuestras conversaciones se reducían á muy pocas palabras ó fráses que tal vez los animales también cambien entre ellos. «¿Qué hora es? Creo que es hora de irnos á acostar. ¿Qué tenemos hoy para comer? ¿Qué dicen los periódicos? Hay que avisar al médico, porque á Lisa le duele la garganta.»

En cuanto nos apartábamos de ese círculo de conversaciones, por poco

que fuese, para cambiar de tema, estallaba la tempestad, y únicamente la presencia de un tercero, que servía, por así decirlo, de intermediario á nuestra conversación, contribuía á que durante un momento nos mostrásemos más sociables. Mi mujer probablemente creía que la razón estaba de su parte, y en cuanto á mí, ¡Dios me lo perdone! me tenía á su lado por un santo. Los periodos de eso que llamamos amor, eran tan frecuentes como antes, pero más brutales, menos suaves y sin ningún refinamiento, y siendo por otra parte muy cortos. A esos momentos de placer sucedían rápidamente otros de malestar, cólera irreflexiva, una irritación que se fundaba en los más fútiles y absurdos pretextos.

Las disputas y el rencor estallaban á propósito de la comida, del café,

del mantel, de un coche ó de una falta en el juego, de cualquier cosa, en fin, que no tenía importancia ni para el uno ni para el otro. Por mi parte, la odiaba con toda mi alma. La miraba cuando se servía el té, movía el pie, llevaba la cucharilla á la boca ó soplaba para enfriar el líquido, y por esto, lo mismo que si se tratase de una mala acción, la odiaba. No me había fijado en la correlación que existía entre los periodos de rencor y ese que llamamos amor, y siempre el uno seguía al otro. A un periodo de amor más largo, traía como consecuencia otro más prolongado de odio; después de un brevísimo arranque amoroso, el rencor se apaciguaba antes. Y no comprendíamos entonces que ese amor y ese odio estaban engendrados por el mismo sentimiento del que eran los dos polos. Si hubiésemos acertado á ver con precisión

cuál era el fondo verdadero de nuestra situación, habría sido terrible nuestra vida; pero estábamos completamente ciegos el uno y el otro y no comprendíamos nada. En esto precisamente está el castigo y la felicidad del hombre, y es en lo que puede, por su manera irregular de vivir, hacerse ilusiones acerca de lo triste de su situación.

Esto fué lo que nos sucedió; mi mujer procuró olvidar, creándose numerosas ocupaciones, los cuidados de su propio tocado, la instrucción y sobre todo la salud de los hijos. Estas diversas ocupaciones no estaban justificadas por una conveniencia ó necesidad urgentes, y no obstante, á veces no parecía sino que su vida entera y hasta la de sus hijos dependía de la cocción más ó menos acertada de unos pastelillos, del cambio de cortinajes, de un traje echado á per-

der, de unas lecciones ó de la medicina que era necesario tomar á horas determinadas. Mas á mí no se me escapaba que todo esto no era más que un medio de olvidar, una especie de embriaguez de la misma clase de la que buscaba en mis funciones en el consejo general, en la caza ó en el juego. En cuanto á mí, estaba ebrio en toda la extensión de la palabra, aun cuando no fuese gran bebedor, pues no tomaba más que un vaso de aguardiente antes de la comida y dos de vino en ésta. Así, pues, una neblina continua me ocultaba las miserias de mi existencia.

• No son concepciones inofensivas esas modernas teorías acerca del hipnotismo, las enfermedades mentales y el histerismo, sino que por el contrario, son perniciosas y peligrosas. Estoy seguro de que el doctor Charcot habría diagnosticado que mi mu-

jer era una *histérica* y yo un *anormal*, á pesar de lo que á nosotros dos no tenían que curarnos nada, porque nuestra enfermedad mental se derivaba de la inmoralidad de nuestra existencia. Esa vida inmoral nos producía toda clase de sufrimientos, y para curarlos apelábamos á los medios más extraordinarios: á eso es á lo que los médicos llaman síntomas de una enfermedad mental, el histerismo. La ciencia de Charcot y de todos los demás es impotente contra esas enfermedades, que no se curan con el bromuro ni con la sugestión; hay que darse cuenta del sitio en que tiene el mal sus raíces, y lo mismo que si se buscase una esquirra que estuviese clavada en la carne, es preciso buscar la herida de la vida. Basta, para conseguir que cesen los dolores, cambiar de manera de vivir,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO DE VILLAS"

1911

sin que sea necesario apelar á esos procedimientos que aturden.

Era nuestra manera de vivir la que causaba nuestro malestar; los sufrimientos que me producían los celos, mi irritabilidad y la necesidad de sostenerme y alentarme con esa especie de embriaguez producida por la caza, el juego, el vino y el tabaco. Era ese mismo modo de vivir el que impulsaba á mi esposa hacia esas múltiples ocupaciones; el que la producía esos continuos cambios de bueno y mal humor, presentándose una veces triste y otras dando pruebas de una alegría exagerada y, que por último, le producía su charla excesiva. Todo eso procedía de su necesidad de olvidar, de no acordarse de la vida con el aturdimiento que produce el empezar y concluir un trabajo para emprender otro á continuación. La neblina que nos rodeaba nos impedía

ver nuestra situación bajo su verdadero aspecto, y nos hallábamos como dos presos sujetos á una misma cadena que se odian y emponzoñan mutuamente su vida y hacen todos los esfuerzos imaginables para no verse. Ignoraba entonces que esto mismo acontece de cada cien matrimonios en noventa y nueve, y que esta posición es fatal; no lo sabía por otros, sino por mí mismo. Son sorprendentes las coincidencias de la vida irregular con la vida regular, á pesar de su monotonía. Cuando la vida se hace imposible de este modo entre marido y mujer, lo que conviene es marcharse á una población importante para poder educar á los hijos, y esto fué precisamente lo que hicimos nosotros, marcharnos á la capital.

Callóse Pozdnychev durante un momento, exhaló dos ó tres suspiros que parecían sollozos y después se

1930

bebió de un sorbo una taza de té que se había quedado frío, prosiguiendo su relato y reflexiones.

XVIII

Nos establecimos en la capital en la que la existencia es más soportable para los desgraciados y en donde se puede llegar á la edad de cien años, sin darse cuenta de que se está muerto y podrido desde hace mucho tiempo. Entre aquel movimiento no se tiene tiempo para pensar en uno mismo y las ocupaciones absorben el tiempo por completo; los negocios, las relaciones, las enfermedades, los placeres que produce el arte, la salud y la educación de los hijos no dejan tiempo para nada. Se reciben visitas y se hacen á diestro y siniestro; se va á ver representar tal ó cual actor ó á oír á una cantante. En toda ciudad

importante hay tres ó cuatro celebridades á las que hay que conocer á la fuerza. Tan pronto le interesa á uno su propia salud como la de fulano ó de zutano ó la de los maestros, profesores, gobernantes... y sin embargo, la vida es mala, vacía, desprovista de intereses. Vivíamos así y sufríamos menos que con la vida en común. Al principio nos entretuvo mucho naturalmente, y nos preocupó, nuestra nueva instalación y nueva vida, lo que nos distrajo mucho, y despues nos quedaba el recurso de los viajes de la ciudad al campo y de éste á la ciudad.

De este modo pasamos un invierno y en el segundo ocurrió un incidente que pasó desapercibido, y que, al parecer, tenía poquísima importancia, si bien, en el fondo, fué el punto de partida del acontecimiento final. Cayó enferma mi mujer, y los cana-

llas de la facultad la prescribieron y la enseñaron los medios de evitar nuevas concepciones, lo que me hizo mirarla con un asco muy grande. Quise oponerme, pero ella, con gran ligereza y testarudez, insistió y acabé por ceder. La última justificación de nuestra existencia inmoral, los hijos, nos estaba vedada y nuestra vida se hizo aún más innoble.

El aldeano ó el trabajador tienen necesidad de hijos, por más que les cueste mucho trabajo el criarlos, y ésta es la justificación de sus relaciones conyugales, y en nuestra clase, en cuanto se tienen algunos, no se desan más porque se convierten en una verdadera carga que produce gastos y disgustos en las herencias. Desde entonces no hubo excusa para la impureza de nuestra existencia por los medios artificiales que empleábamos, pero estamos tan degradados

que no creemos que sea necesaria esa excusa. La mayor parte de las gentes bien educadas se entregan hoy á ese libertinaje sin experimentar el menor remordimiento; ¿cómo es posible que tengamos remordimientos si no hay conciencia? Y no la hay aparte de la conciencia pública, si se le puede dar ese nombre y la del código penal. En esto ni la una ni la otra salen lesionadas. La opinión pública no puede estorbarnos, porque todos, lo mismo A. que B., obran de igual manera, á no ser que tratasen de privarse de los medios de subsistencia y de aumentar el número de los mendigos. El Código penal tampoco nos sirve de estorbo y no tenemos para qué temerle. Las que lo han de temer son las mujeres perdidas y las que se entregan á los soldados, arrojando después á sus hijos á un pozo ó á un es-

tanque; á esas es á las que hay que meter en la cárcel, pero no á nosotros que los suprimimos en tiempo oportuno y con mucha discreción.

De esta manera pasamos dos años. El medio que habían aconsejado los canallas de los médicos produjo excelentes resultados, y mi mujer se desarrolló y embelleció como una flor de otoño. Lo comprendió así y la preocupó mucho desde entonces el cuidado de su persona. Había llegado á poseer esa belleza provocadora que enloquece á los hombres y se hallaba en todo el esplendor de una mujer de treinta años que, libre de todo cuidado maternal, está bien alimentada y excitada. Me daba miedo verla porque me hacía el efecto de un caballo descansado y fogoso al que le habían quitado las riendas. Lo mismo que el noventa y nueve de nuestras mujeres

no tenía freno para su conducta. Me di cuenta de ello y me quedé aterrado.

XIX

El rostro de Pozdnychev se trastornó; su mirada apagada adquirió una expresión lastimosa y la nariz desapareció entre la barba que pareció subirle hasta los ojos.

—Sí,—añadió después de encender un cigarro;—desde que dejó de concebir, empezó á redondearse y su malestar ó enfermedad, producida por las inquietudes que la inspiraban los hijos, se desvaneció. El hecho más importante no consistió en la desaparición de esa enfermedad, sino en que se despertó como de un sueño lánguido, viendo un mundo lleno de alegrías sin número; vió un mundo para ella desconocido hasta entonces y en

el que no la habían enseñado á vivir, no comprendiéndolo por tanto. «Hay que aprovecharse gozando del presente, porque el tiempo pasa y no vuelve más». He aquí cuáles eran sus pensamientos ó, mejor dicho, sus sentimientos. Aparte de que no podía pensar ni sentir de otra manera. En su educación no la habían inculcado la idea de que aquí abajo no hay más que una cosa que sea digna de atención, y esa cosa es el amor. Se casó, gustó un poco de ese amor, pero mucho menos del que se figuraba, y ¡cuántas decepciones! ¡Cuántos sufrimientos! ¡Y luego ese martirio inesperado, los hijos! Ese martirio la había dejado extenuada, y gracias á la amabilidad de los señores médicos, supo un día que la mujer puede pasarlo perfectamente sin hijos. Esta noticia la causó una alegría muy grande, que fué en aumento con la

práctica del consejo y siguió viviendo para la única cosa que había conocido, para el amor; pero el amor hacia un marido que tenía celos y que á veces le daba pruebas de mal carácter, no era un ideal. Soñaba con otra ternura más pura, ó al menos eso era lo que yo me figuraba. Estaba al acecho, miraba á todas partes como si hubiera estado esperando alguna cosa; lo observé, y una ansiedad muy grande y una tristeza profunda se apoderaron de mí.

En todas partes y siempre, cuando hablaba conmigo por medio de un intermediario, ó sea en presencia de un tercero ó de extraños, pero con intención de que yo lo oyese, repetía con mucho ánimo y olvidando que una hora sostuviera todo lo contrario, repetía, digo, medio en broma, medio en serio, que las preocupaciones maternales eran un error y que no valía

la pena de dar la vida á los hijos, mientras se es joven y se puede gozar de todo. Desde esa época se ocupó menos de los hijos y no les dió tantas pruebas de cariño, sino que por el contrario, se preocupó más con el arreglo de su persona, de su exterior, por más que procurase disimularlo, de sus diversiones y hasta de su perfeccionamiento en ciertas cosas. Volvióse á ocupar del piano, que había descuidado por completo, y ese fué el origen de la catástrofe. Y en esos momentos apareció el *hombre*...

Se calló Pozdnychev y dejó escapar dos ó tres extraños resoplidos; creí que le era muy penoso el nombrar á aquel hombre y el volverse á acordar de él. Hizo empero un gesto enérgico como para apartar el obstáculo que se interponía en su camino, y con acento decidido siguió diciendo:

—Fué un miserable, á lo que en-

tiendo; no por el papel que desempeñó en mi vida, sino porque realmente lo era. Aparte de todo, el que fuese realmente un miserable, contribuye á que deduzca la irresponsabilidad parcial de mi mujer en lo ocurrido. Si no hubiese sido él, lo habría sido otro. Era un músico, un violinista; no músico de profesión, sino un medio hombre de mundo, medio artista. Su padre, antiguo vecino del mío y dueño de grandes dominios, se había arruinado, y sus hijos, tres muchachos, habían tenido que campárselas por sus respetos. A nuestro hombre, que era el más joven de los tres, lo enviaron á París á casa de su madrina, y entró en el Conservatorio, en el que dió pruebas de cierta vocación musical; salió hecho un violinista y dió conciertos...

En el momento en que iba á empe-

Sonata—11

→zar á hablar mal de él, contúvose Pozdnychev, y después de una corta pausa prosiguió con acento brusco:

—La verdad es que ignoro qué clase de vida era la suya, y únicamente sé que aquel año regresó á Rusia y le presentaron en mi casa. Tenía ojos tiernos, rasgados, en forma de almen-dra, labios rojos y sonrientes, bigotillo retorcido y el pelo cortado á la última moda. Era apuesto, pero de rostro vulgar, en una palabra, eso que las mujeres llaman un buen mozo de elegante talle, casi talle de mujer, pero no obstante bien proporcionado. Correcto en sus modales, pronto á adquirir cierta familiaridad, pero hábil para, al observar la menor frialdad, retroceder y conservar su dignidad. Había en él un no sé qué de parisiense con sus botines de botones, sus corbatas de color claro, y su aspecto en general producía excelente

impresión en las mujeres por esa cosa particular y nueva que llevaba en su persona. Sus modales estaban impregnados de una alegría ficticia; se expresaba por medio de alusiones, de frases á medio decir, lo mismo que si su interlocutor hubiese estado al corriente de lo que se trataba, ó más bien aun, dispuesto á ayudarle para que se acordase para hacer un relato.

Ese hombre fué el que, con su música, trajo la catástrofe. En el tribunal echaron la culpa á mis celos, lo cual no era exacto, el menos por completo. En la vista de la causa se decidió que me habían engañado y que maté para vengar mi honor ultrajado;—¿no es éste el lenguaje que emplea la gente de la curia?—y me absolvieron. Quise explicarles el motivo que me impulsó y se figuraron que tenía intención de rehabilitar el honor de mi mujer. Aparte de todo,

absolvieron

sus relaciones con el músico, hayan sido las que hayan querido, no tuvieron importancia ni para ella ni para mí. La única cosa importante es la que os he contado. Todo el drama estriba en la llegada de ese hombre á nuestra casa en los momentos en que nos hallábamos sumidos en la más lamentable de las confusiones, animados por ese mutuo rencor, de que ya os hablé, y en ocasión en que la más diminuta gota de agua bastaba para que desbordase el vaso. Las últimas disputas, que en los últimos tiempos habían sido tremendas, tenían como consecuencia chocante la de provocar en nosotros accesos de pasión bestial. Si ese hombre no se hubiese presentado en nuestra casa, cualquier otro habría sido el protagonista. Si mis celos no me hubiesen servido de pretexto, hubiera encontrado otro. Estoy íntimamente con-

vencido de que todos los hombres que llevan una vida conyugal como la mía, deben entregarse al libertinaje ó divorciarse, matarse ó matar á su mujer, que fué lo que hice yo. Aquel á quien esto sucede no es un ave rara. Mucho antes del desenlace estuve á punto de suicidarme, y más de una vez quiso envenenarse mi mujer.

XX

Para que podáis comprender bien lo que sucedió, es preciso que os cuente todos los detalles. Poco á poco iba siendo más tranquila nuestra vida, cuando he ahí que de pronto una noche se nos ocurrió hablar de la educación que había que dar á los hijos. No recuerdo las palabras que pronunciamos el uno y el otro; lo que únicamente sé, es que la disputa em-